

La campaña de 1828

BATALLA DEL PORTETE DE TARQUI

ANTECEDENTES

En 1826 el Libertador Simón Bolívar, presidente á la sazón del Perú y de Colombia, abandonó Lima urgido por graves exigencias políticas: el general José Antonio Páez se había sublevado en Valencia y amenazaba segregar Venezuela de la unidad Colombiana. Al frente del Gobierno del Perú quedó el gran mariscal Andrés Santa Cruz. En Bolivia, apoyado por las tropas auxiliares de Colombia, gobernaba el gran mariscal Antonio José de Sucre.

Trascendentales cuestiones embargaban entonces la atención de las repúblicas Sud-Americanas, recién nacidas á la vida independiente.

Un decreto expedido en 30 de Noviembre de 1826, mandaba jurar en el Perú, la constitución dictada para Bolivia, que hacía vitalicio el cargo de presidente, concediendo á este magistrado el derecho de designar á su sucesor.

Sordas resistencias despertaban aquí y en Bolivia la nueva carta política. Los pueblos no la veían con buenos ojos. En Colombia mismo inspiraba recelos.

Las municipalidades de Guayaquil, Quito, Cuenca y Cartagena, manifestamente sugestionadas por las autoridades, acordaron investir con el carácter de Dictador á Bolívar y estas manifestaciones que luego se repitieron en Bogotá, apuraron el descontento.

El 26 de Enero de 1827, la tercera división del ejército auxiliar de Colombia, acantonada en el pueblo de la Mag-

dalena, á inmediaciones de Lima, resolvió deponer á sus jefes. Sin lucha ni violencia, acordados entre sí los oficiales, separaron del mando á los generales Jacinto Lara y Arturo Sanders y proclamaron comandante general al coronel José Bustamante. Se pronunciaron en contra de las municipalidades que pretendían investir con la dictadura á Bolívar y pidieron al Gobierno su repatriación á Colombia.

Este acontecimiento tuvo la más alta trascendencia. Sus consecuencias pronto se dejaron sentir en una gran parte de la América.

El Gobierno peruano, defiriendo á las exigencias de la opinión pública, declaró con fecha 28 de Enero de 1827, que la constitución vitalicia no había sido bien recibida y en consecuencia convocaba á los pueblos para elegir representantes á la Asamblea Constituyente. Este decreto importaba un cambio completo de faz en la marcha política. Provocó la renuncia del general Tomás de Heres, colombiano, Ministro de la Guerra; del Ministro de lo Interior, José María Pando, y del de Hacienda José de Larrea y Loredó; pero fué acogido con general beneplácito por nacionales y extranjeros.

Atendida la solicitud de la tercera división auxiliar colombiana, se le proporcionaron trasportes y se dió á la vela para el Norte. El 6 de Marzo desembarcaban en el puerto de Manta, de la provincia entonces Colombiana de Manaví, los batallones Caracas y Vencedores á órdenes del coronel Juan Bautista Elizalde. El resto de la división, compuesto de los batallones Rifles y Arauri y del regimiento Húzares, había quedado en Paíta con el coronel José Bustamante, para hacer la travesía por tierra siguiendo la ruta de Macará.

En Guayaquil se hacían á la sazón activos aprestos militares. El general Juan José Flores, por encargo de Bolívar, formaba una batería en el cerro de las Cruces y allegaba numerosos reclutas; pero notificadas las autoridades del arribo de la tercera división colombiana, desembarcada en Manta, y de su presencia en Montecristi, huyeron al interior precipitadamente, dejando la plaza abandonada. Reunióse con tal motivo la Municipalidad y eligió como jefe político y

(Abril)

militar del Departamento al general José de la Mar. Por la misma fecha, la parte de la tercera división desembarcada en Paita, que había seguido su viaje por tierra, cruzando el Macará, depuso en Cuenca al coronel Bustamante y se sometió al general Antonio Obando, mandado de Colombia para el efecto.

En el Ecuador, lo mismo que en el Perú y Bolivia, tomaban cuerpo las resistencias fomentadas por la constitución vitalicia y la dictadura de Bolívar.

El 4 de Junio de 1827 se instaló la Constituyente en Lima. Renunció el gran mariscal Santa Cruz y se procedió luego á nombrar presidente de la República al general José de la Mar. El día 10 del mismo Junio se hacía cargo del gobierno, como vice-presidente, Manuel Salazar y Baquijano, mientras duraba la ausencia del primero.

El Perú se constituyó, pues, con gobierno propio, libre de la influencia extranjera.

A partir de esta fecha los acontecimientos se complican. Bolivia, Venezuela, el Ecuador y Colombia, se agitan en ardientes controversias y alientan partidos encontrados y violentos, que en ciertas provincias suelen acudir á las armas.

En Caracas, Cartagena, Julia, Guayaquil y Quito, escritores entusiastas, defienden las libertades públicas y justifican todas las insurrecciones; mientras Bolívar, con sus parciales y sus tropas, trata de dominar el descontento, sumiendo á Colombia en un torbellino de anarquía. Guayaquil, siguiendo el ejemplo de Venezuela, quiere separarse y formar república independiente. Todas las clases sociales con la Municipalidad á la cabeza, acarician idéntica aspiración.

El 10 de Junio de 1827, sin embargo, se pacta en Babahoyo, después de ligeros combates y tras varias negociaciones y amenazas de asalto, la entrega de Guayaquil al general José Gabriel Pérez y el envío de la tercera división á Panamá y Pasto, para que sus jefes se justifiquen ante el Gobierno de Colombia por su actitud en los últimos sucesos. Se acuerda que los buques de guerra y las fuerzas sutiles, no puedan salir de la ría y que tropas venidas de Quito guar-

nezcan la plaza á órdenes del general Juan José Flores, conservando la Mar únicamente el gobierno político.

Los parciales de Bolívar, sobreponiéndose al sentimiento público, dominan todo el Ecuador; pero desórdenes, intranquilidad y recelos hacen violentísima la situación de Colombia.

Los pueblos del Perú, mientras tanto, se mantienen tranquilos, exentos de conflictos y desórdenes.

El General José de la Mar ingresa al territorio y el 22 de Agosto de 1827 se hace cargo de la presidencia. Casi simultáneamente, ante el Congreso reunido en Bogotá, presenta su renuncia el vice-presidente de Colombia Francisco de Paula Santander, y dice: “ Se me acusa de ser un rival y “ enemigo del Presidente Libertador. Por mí, se asegura, “ que no tiene séquito la Constitución boliviana; por mí, se “ repite, la confederación de Colombia, Perú y Bolivia se ha “ frustrado; por mí, en fin, á estar á lo que se propala, se ha “ libertado á la nación de las delicias de la dictadura; sufren “ los pueblos, el ejército está desmoralizado, las rentas en “ ruina, arden los partidos y marchamos al abismo. Admí- “ tase mi renuncia y millones de bienes vendrán á reempla- “ estos males. ”

La renuncia de Santander no fué aceptada y tal hecho pinta á lo vivo la disposición de los ánimos respecto al Libertador Bolívar, que por entonces se ocupaba en pacificar Venezuela. Mientras tanto, en Bolivia cunde la desmoralización en las tropas auxiliares de Colombia. El mariscal Sucre, se vé en la necesidad de repatriar á los batallones Voltijeros y Bogotá, que quieren imitar la conducta observada por la tercera división en Lima, y á la vez se hacen tirantes las relaciones con el Perú, que comienza á ser objeto de aprensiones, recelos y hostilidades.

Para despejar su situación, una de las primeras diligencias del nuevo gobierno de Lima, es nombrar en misión especial á Bogotá á José Villa, á fin de que arregle un buen acuerdo con Colombia.

El año de 1827, como pocos preñado de sucesos trascendentales para las nuevas repúblicas de América, toca á su término. Ha corrido casi todo entre intrigas y querellas,

dando lugar en Venezuela, Nueva Granada, Ecuador y Bolivia á la sublevación de batallones, pronunciamiento de plazas fuertes, protestas, cambio de juramentos y enconadas divisiones.

Bolívar se ha hecho cargo de la presidencia de Colombia. Desaprobando los procederes del Congreso, ha asumido facultades extraordinarias, ha convocado una Convención, expide un decreto terrible contra sediciosos y traidores, se niega á recibir al Plenipotenciario José Villa que le envía el Perú, y manifiestamente se prepara para la guerra.

La situación de Bolivia, entre tanto, exige que el Perú envíe tropas de observación á la frontera y se sitúa al ejército del Sur en el Desaguadero, á órdenes del general Agustín Gamarra. Del lado del Ecuador el general Juan José Flores lanza proclamas incendiarias en tono de amenaza y desafío, y se manda acantonar en Piura algunos batallones pertenecientes al ejército del Norte.

En este estado las cosas, la misión de Villa en Bogotá resultó ineficaz. Bolívar lleno de intransigencias, formuló los siguientes cargos: — Por qué retenía el Perú la provincia de Jaén y parte de la de Mainas: — Por qué devolvió á Colombia la tercera división auxiliar:— Por qué despidió al Encargado de Negocios Cristóbal Armero:— Por que aprisionó al edecán del Vicepresidente de Colombia Ramón Márquez que marchaba en tránsito para Chuquisaca:—Por qué negó paso por su territorio á los batallones colombianos que regresaban de Bolivia: — Por qué acumulaba tropas peruanas en las fronteras: — Por qué no liquidaba y pagaba los suplementos hechos por Colombia durante la guerra de la independencia.

Vanos fueron los esfuerzos del negociador peruano para complacer á Bolívar. Este exigió satisfacción amplia é ineludible á sus demandas, agregando para llevar al colmo su temeridad, la pretensión de que se reemplazara con hijos del Perú, las bajas experimentadas por las tropas auxiliares en la campaña de la independencia, conforme á una arbitraria y defectuosa interpretación del pacto respectivo.

La guerra se hizo inevitable. Nuestro plenipotenciario fué notificado descortésmente para abandonar Bogotá y Bo-

lívar, á la vez que disolvía la Convención Colombiana reunida en Ocaña y asumía el mando supremo, *sin limitación de autoridad*, lanzaba en 3 de Julio de 1828, una proclama ordenando "volar á las fronteras del Perú para esperar allí la hora de la venganza."

El ejército del Sur, después de haber avanzado en apoyo de los pueblos hasta Chuquisaca, y derrocado la dominación colombiana, haciendo renunciar á Sucre, regresaba tranquilamente al Perú, dejando á cargo del gobierno en Bolivia, libre de toda intervención extranjera, al general José Miguel de Velasco, designado al efecto por el Congreso.

A la proclama guerrera de Bolívar, respondió otra no menos belicosa de la Mar.

Ambas naciones publican manifiestos justificativos del motivo por qué apelan á las armas y de una y otra parte se hacen rápidos aprestos de campaña.

El 9 de Setiembre de 1828, la Mar dejó la presidencia, para hacerse cargo del ejército y el vice-presidente Salazar y Baquíjano, expidió un decreto ordenando el bloqueo de todos los puertos de la costa entre Tumbes y Panamá.

En este estado llegó al Callao la fragata *Porcospin*, trayendo á su bordo en tránsito para Guayaquil, al gran mariscal Antonio José de Sucre, depuesto del Gobierno de Bolivia. Ofreció sus buenos oficios para arreglar las diferencias; pero el Gobierno del Perú le declaró que si se hallaba dispuesto á aceptar y acoger propuestas decorosas de avenimiento, no creía prudente ni eficaz plantearlas por su parte. Sucre, sin ser molestado, no obstante la situación de guerra, su carácter militar y la seguridad de que iba á ponerse al frente del ejército enemigo, continuó su viaje al Norte, en buques proporcionados por el propio gobierno del Perú.

El 18 de Setiembre de 1828, á las nueve de la noche, zarpaba para Paita la fragata de guerra *Presidente*, llevando á su bordo al gran mariscal José de la Mar, que iba á ponerse al frente del ejército del Norte acantonado en Piura.

Comenzaba la campaña.

OPERACIONES

El 31 de Agosto de 1828, la corbeta de guerra peruana *Libertad*, de veintidos cañones, calibre veinticuatro, mandada por el comandante Carlos del Postigo, se hallaba fondeada en la punta de Malpelo, á inmediaciones de Tumbes. De improviso se presentaron la corbeta de guerra colombiana *Pichincha* y la goleta *Guayaquileña* con el designio manifiesto de intentar el abordaje. Trabóse reñido combate. El enemigo, premunido con la considerable cantidad de tropa y marinería que al efecto había sacado de Guayaquil se empeñaba en rondar por las aletas, procurando hacer presa con sus grampas y cadenas para abordar á la *Libertad*. Felizmente, habiendo esta conseguido cortar sus anclas y ponerse en movimiento, rechazó el ataque con vivo y certero fuego de artillería. Después de una hora de combate, habiéndose declarado incendio á bordo de la *Guayaquileña*, los buques colombianos se retiraron con bastantes averías. La *Libertad* tuvo ocho muertos y treinta y dos heridos.

Se iniciaban las hostilidades.

El 9 de Setiembre el Gobierno del Perú decreta el bloqueo de la costa colombiana, comprendida entre los paralelos 3° 6' de latitud Sur y 9° Norte, es decir, de Tumbes á Panamá. El 14 de Setiembre S. E. el gran mariscal la Mar, se embarca en el Callao á bordo de la fragata de guerra *Presidente* con algunos elementos militares y se dirige á Paita, para ponerse al frente del ejército del Norte acantonado en Piura.

Las tropas de este ejército, constaban de dos divisiones de infantería, una de caballería y una corta brigada de artillería, con cuatro mil seiscientos hombres en todo. Los colombianos, bajo las órdenes del general Juan José Flores, se componían de seis mil.

El equipo de ambos ejércitos difería sustancialmente.

Los peruanos disfrutaban de abundancia y los de Colombia escaseaban de lo necesario.

Para iniciar la campaña, dada la diferencia numérica, era indispensable, sin embargo, aguardar al ejército del Sur que acababa de pacificar Bolivia. Con tal refuerzo, el efectivo peruano, se compondría de ocho batallones de infantería, dos regimientos y dos escuadrones de caballería y una brigada de artillería; en total 8,400 hombres, bien armados.

Todo el mes de Octubre trascurrió en espera, declarado cuartel general el puerto de Tambo Grande. Las tropas del Sur demoraban más de lo previsto.

El 11 de Noviembre de 1828, dispuso S. E. el mariscal la Mar, que hacía de director general de la guerra, el movimiento de un batallón sobre el pueblo de Ayabaca, inmediato á la frontera ecuatoriana. El 28 una partida de observación, compuesta de treinta y cinco hombres de caballería, partió también de Tambo Grande, con orden de penetrar en territorio enemigo, á donde llegó el 1.º de Diciembre, sorprendiendo el pueblo de Sosoranga y haciendo prisioneros al capitán Juan García y ocho hombres del escuadrón Cedeño.

El general de brigada José María Plaza, con la división de su mando, abandonó Tambo Grande el mismo día 28, marchando á ocupar la frontera sobre el río Macará. Tras él siguieron escalonados los demás cuerpos del ejército del Norte.

Venían noticias alentadoras de Colombia. Popayán era teatro de acontecimientos favorables al Perú. Los coroneles José María Obando y José Hilario López, se levantaron el 12 de Octubre, enarbolando bandera contra Bolívar resueltos á sostener la Constitución de Cucuta, que éste había desconocido. En Paita vencieron al coronel Tomás Cipriano Mosquera, tomando mil setecientos fusiles y numerosos elementos militares y avanzaban victoriosos sobre el valle del Cauca, obligando á Bolívar á destacar al General José María Córdoba con mil quinientos hombres, al mismo tiempo que forzaban al ejército de Quito á desprenderse de otra fuerza considerable, batallón "Pichincha" y escuadrón Hú-

zares, que marcharon á encontrarlos por el Sur á órdenes del general Heres.

En presencia de tales hechos, el general Juan José Flores, á la sazón en Guayaquil, y que mandaba en todo el Ecuador, por muerte del general José G. Pérez, superando la escasez de recursos y la aversión casi general que despertaba en los pueblos la guerra, luego que se supo que habían comenzado á moverse las tropas peruanas, impartió órdenes activas para que todos los cuerpos de observación en la frontera se replegasen á Cuenca. Dispuso que marcharan también sobre la misma plaza los batallones Cauca y Caracas y un escuadrón que guarnecían Guayaquil, y el batallón Quito que ocupaba la capital, dirigiéndose él, personalmente, á ponerse al frente de las tropas.

Al pisar tierra ecuatoriana, el mariscal la Mar, en Gonzamaná, el 22 de Diciembre, lanzó una proclama á los pueblos del Ecuador manifestando que "las armas del Perú eran las de la libertad, que la América entera estaba amenazada de perder." Este documento que no traducía propósitos hostiles, sino más bien cordialidad y afecto por las poblaciones invadidas, produjo impresión profunda en los pobladores de Loja, cuyas relaciones, hábitos é intereses les vinculaban al Perú, pues de este lado estaban entonces, como están hoy mismo, sus verdaderas conveniencias, su engrandecimiento y bienestar.

La ciudad de Loja se entregó sin resistencia. Fué ocupada militarmente el 19 de Diciembre de 1828. El gobernador Manuel Carrión que la mandaba, siguió al frente de su puesto, como la mayor parte de las autoridades establecidas. En Loja el vecindario todo simpatizaba con la causa del Perú

Aquí se instaló el Estado Mayor peruano por unos cuantos días, declarada la ciudad como cuartel general.

El 23 de Diciembre se dispuso practicar reconocimientos á la vanguardia. Una compañía de infantería y otra de caballería, á órdenes del coronel Pedro Raullet avanzaron sobre Saraguro, pueblo de cierta importancia, situado á setenta kilómetros de Loja, en el camino real del callejón interandino que lleva á Quito y atraviesa longitudinalmente en toda su

extensión el territorio del Ecuador. Los defensores de Saraguro abandonaron el pueblo á la aproximación del destacamento peruano, poniéndose en fuga y dejando que cayera en nuestro poder la correspondencia oficial.

Exito tan fácil estimuló el aliento de la comisión exploradora. La misma tropa, habiendo recibido un refuerzo, el 2 de Enero avanzó hasta el pueblo de Oña, veinticinco kilómetros á la vanguardia de Saraguro. Allí se encontró con el general enemigo Brawn, con cien infantes y sesenta hombres de caballería. Se trabó un ligero combate, quedando el campo por los peruanos, mientras los de Colombia se retiraban dispersos por el puente de Cartajena, hacia Nabón.

Con estos sucesos, por largo espacio quedó franco el paso de las tropas invasoras. Marchaban los peruanos, sin embargo, con mucha lentitud. Al salir de Tambo Grande el ejército del Norte, las exigencias del equipaje y pertrechos habían absorbido casi por completo todos los elementos de movilidad de la provincia de Piura. No se procedió al respecto con prudencia suficiente. Muchos jefes conducían grandes catres y voluminosos objetos de pura ostentación; de manera que cuando arribó á Paita el ejército del Sur, no encontró medios de movilidad. Su marcha se efectuó por consiguiente con inevitables retardos. El 18 de Enero llegó á Loja el general Agustín Gamarra, precediendo en dos jornadas á sus tropas venidas del Sur. El 25 recién entraron en Loja los batallones 1.º del Callao y 2.º de Zepita; cuando la primera y la tercera división ocupaban ya más adelante los puntos avanzados de Oña, el Tablón y Onduchapa, á la vez que el coronel Raulet, con su pequeño cuerpo de flanqueadores ó comisión exploradora, practicaba un reconocimiento en el pueblo de Nabón y un piquete de veteranos con cincuenta cívicos de Cuenca que se habían presentado voluntarios á servir al Perú, operaban otro por la hacienda de Susodel.

Por esta fecha se incorporó al ejército colombiano de Cuenca el general Heres, trayendo consigo las tropas destacadas á Pasto contra Obando. Heres había derrotado á una columna de insurrectos mandada por el coronel Paredes y pacificado á los pastusos. Las operaciones de Obando, al

principio afortunadas, no habían logrado éxito en el Cauca. Por algún tiempo, es cierto, interrumpió las relaciones de Bogotá, impidiendo á Bolívar comunicarse con Flores; pero á su vez tropezó con dificultades insuperables para entenderse con la Mar.

Al mismo tiempo que se llevaban á cabo estas operaciones en el interior, la costa era teatro de importantes sucesos. La corbeta de guerra colombiana *Pichincha*, se presentó en Paita á ponerse voluntariamente á órdenes del Perú. Despachada de Guayaquil en comisión para Taboga, sus oficiales y tripulantes acordaron cambiar de rumbo y venir á realizar su entrega.

La escuadra peruana compuesta á la sazón de la fragata *Presidente*, corbeta *Libertad*, bergantín *Congreso*, goletas *Arequipa* y *Peruviana* y ocho lanchas cañoneras, al mando del vice-almirante Martín Jorge Guisse, se presentó en el golfo de Guayaquil, para cumplir la orden de bloqueo en los puertos colombianos.

Anclaba frente á la isla de Puná el 6 de Octubre de 1828, cuando se supo que en el pueblo de Naranjal había una partida de tropas en marcha para Cuenca con muchos útiles de guerra. Se destacaron de la escuadra treinta hombres de tropa en cuatro botes bien armados y tripulados, con el encargo de sorprenderla y quitarle el cargamento. A las diez de la noche tomó tierra la expedición. Desembarcó la tropa y se internó por entre tupidos bosques tres leguas tierra adentro. A las dos de la mañana del día siguiente logró efectuar la sorpresa que intentaba. Aún cuando no encontró el total de los elementos en camino, fueron tomados con muy poca resistencia los que quedaban, cogiendo prisioneros dos capitanes y algunos soldados, que fueron conducidos á bordo con los equipajes y pertrechos hallados.

Algunos días después, en un reconocimiento que practicaba el teniente Manuel Sauri en el río Balao, fué sorprendido y hecho prisionero el comandante Manuel Barrera, ayudante de Estado Mayor, con dos soldados, algunos fusiles y varios paquetes de correspondencia. Entre dichos documentos se encontraron muchos que evidenciaban el estado

general de la opinión pública, pronunciada abiertamente en contra de la guerra y á favor del Perú.

El 22 de Noviembre á las cuatro de la tarde, después de cortar la cadena que pretendía cerrar el canal á la embocadura del Guayas, rompió la escuadra sus fuegos sobre los fuertes que defendían Guayaquil, manteniéndolos sin interrupción por cuarenta y seis horas consecutivas. Los días 23 y 24 fueron de sostenido combate con la batería de las Cruces. En la mañana de este último, en una de las maniobras, barajando los bajos de la ría, se varó la fragata *Presidente* que montaba el almirante. Los fuegos de tierra, todos dirigidos sobre la fragata, no le impidieron volver á flote y salir de ese sitio peligroso; pero el almirante Guisse, mortalmente herido al cruzar sobre el puente de mando, murió á las pocas horas. Fué reemplazado primero por el comandante José Boterín y luego por el capitán de navío Hipólito Bouchard, quienes continuaron hostilizando la plaza.

Quedaron enteramente destruídas las fortificaciones de tierra, particularmente la batería de las Cruces, que montaban veinticuatro cañones, los que fueron inutilizados y reducidos á ceniza sus montajes. Los artilleros que la servían la abandonaron, quedando aniquilada una compañía del batallón Caracas que quiso reforzarla. Se echó á pique el bergantín "Adela", que se hallaba en construcción, lo mismo que otro buque menor; se varó la goleta "Guayaquileña" y se perdieron dos de las cuatro lanchas cañoneras que los apoyaban. La población sufrió algún daño, no obstante que se procuraba ahorrarle perjuicios, habiendo cesado los fuegos por consideración á ella.

Las pérdidas de la escuadra, aparte del almirante, consistieron en dos oficiales muertos, nueve heridos y cuarenta y seis hombres fuera de combate, en su mayor parte contusos, entre la tropa y marinería, siendo de escasa consideración las averías de los buques.

Con este golpe, que fué rudo, desaparecieron las fortificaciones y fuerzas navales con que podía contar la resistencia. El Perú, teniendo presente la entrega de la *Pichincha*, quedó dueño absoluto del mar, sin ningún elemento marítimo que pudiera oponérsele.



Las poblaciones ecuatorianas del Morro, Santa Elena, Machala, Santa Rosa y otras, hasta Tumbes, se levantaron contra Colombia. Habiéndose sublevado luego el cantón de Daule, la escuadra pudo hacer pasar tropas por allí, apostando fuerzas sutiles en la boca del río del mismo nombre, con cuya operación el general Juan Illingrot, defensor de la plaza, se puso en condiciones muy angustiadas. La guarnición bajo sus órdenes estaba reducida á los batallones Yaguachi y Girardo, este último desembarcado recientemente en Manaví. Carecía de dinero y de toda clase de auxilio, pues en el departamento cundía el espíritu de infidelidad. Por tal motivo se iniciaron negociaciones. Illingrot nombró como representantes á los coroneles Antonio Lusarraga y Juan Ignacio Pareja y el jefe de la escuadra á los comandantes Alejandro Acquaroni y José Félix Márquez. Se reunieron á bordo de la goleta *Arequipeña* y ajustaron los términos de una capitulación. Las proposiciones presentadas se reducían á entregar la ciudad en el plazo de diez días, salvo que se tuviera, entretanto, noticia oficial de haber ganado Colombia una batalla: á entregar los buques de guerra, fuerzas sutiles y demás máquinas de su servicio, para que se mantuvieran en depósito durante el conflicto: y á no molestar al vecindario con contribuciones. A estas demandas se añadió únicamente, como contraproposición peruana, que no fueran perjudicados por sus opiniones políticas los ciudadanos refugiados en la escuadra.

No habiendo llegado noticia de batalla perdida ni ganada, el día 1º de Febrero de 1828, las tropas peruanas ocuparon Guayaquil. Desembarcó una compañía de Ayacucho y parte de Marina á órdenes del capitán Casimiro Negrón, nombrado provisionalmente comandante militar de la plaza.

El general Illingrot, con cerca de ochocientos hombres, se retiró al cantón de Daule, salvando contra lo estipulado, la artillería de campaña, pertrechos y una imprenta. Colocóse allí en correspondencia con el cuartel general de Cuenca y mantuvo sometidos la mayor parte de los pueblos inmediatos, conservando al mismo tiempo fiel la provincia de Manaví.

Las fuerzas de Colombia reunidas en Cuenca montaban

como hemos dicho, á seis mil hombres. El 27 de Enero de 1828, el general Flores, quedando de comandante en jefe, entregó el mando superior al mariscal Antonio José de Sucre, nombrado con facultades discretionales director de la guerra por el gobierno de Bogotá. Los dos ejércitos evolucionaban para operar su concentración, procurando obtener, cada uno por su parte, condiciones de ventaja. El de Colombia, que como recurso de defensa había mandado destruir todos los elementos en los pueblos del tránsito por donde avanzaba la invasión, ocupó los cantones de Cuenca, dispuso la formación de destacamentos para guarnecer los caminos hasta Quito y se preparó á avanzar al Sur. Sus fuerzas, constaban de seis batallones de infantería con cuatro mil ochocientos hombres, seis escuadrones de caballería con mil y unas pocas piezas de artillería. El del Perú, ocupaba fraccionado una extensión de territorio muy considerable. Al arribo de Gamarra á Loja se había dictado una orden general nombrando á éste comandante en jefe y distribuyendo los distintos cuerpos en cuatro divisiones, bajo las órdenes respectivamente de los generales José María Plaza y Blas Cerdeña y coroneles José María Prieto y Miguel Benavides. Se nombró jefe de estado mayor al coronel Pedro Bermúdez y se hicieron algunas otras designaciones.

En los primeros días de Enero se habían ocupado trescientos kilómetros de territorio sin encontrar obstáculos. Las tropas situadas en escalones, se extendían desde Loja hasta Nabón. Estaban á menos de cien kilómetros de Cuenca que era su objetivo; pero habiendo operado el enemigo un movimiento general sobre la vanguardia, abandonando sus primitivos cuarteles, se replegó ésta á Saraguro, donde concluyó por reconcentrarse pronto todo el ejército. Allí se ocuparon buenas posiciones, mientras el ejército colombiano venía á situarse en Paquichapa, á corta distancia, separados apenas por una quebrada, cosa de cinco á seis kilómetros de distancia.

Reconcentradas las tropas de las dos partes, desde el 2 hasta el 10 de Febrero, se mantuvieron á la vista, unas enfrente de otras, divididas por un puente, sin decidirse ningun-

na al ataque por la calidad de las posiciones que ocupaban ambas.

Se entablaron negociaciones.

El mariscal Sucre nombró al general Heres y al coronel Daniel Florencio O'Leary, y la Mar al general Luis José Orbegoso y coronel José Villa. Se reunieron en los días 11 y 12 de Febrero en el puente del río Saraguro, entre el pueblo del mismo nombre y el de Paquichapa. No pudieron avenirse. Las proposiciones de Sucre, de quien partió la iniciativa del parlamento, más bien parecían, según expresión de la Mar, "condiciones durísimas impuestas en el campo " del triunfo á un pueblo vencido, que no proposiciones he- " chas á un ejército que había conseguido ventajas conside- " rables y que tenía todas las probabilidades de la victoria. " Instado el presidente del Perú para indicar términos justos de transacción, propuso se devolvieran los peruanos llevados á Colombia en calidad de reemplazos del ejército auxiliar, el pago de los gastos de la guerra y la libertad de Guayaquil para que se pronunciara por el gobierno que más le acomodase. Estas bases tampoco convinieron y quedó disuelta de mutuo acuerdo la comisión de paz.

El día 7 había salido de Saraguro, con doscientos hombres, el cuerpo explorador del coronel Raulet, encargado de flanquear al enemigo y caer sobre la ciudad de Cuenca que, con los movimientos al Sur de sus defensores, la habían dejado á retaguardia y casi desguarnecida. Haciendo una marcha rápida por el flanco derecho del enemigo, cumplió brillantemente su cometido. El 10 cayó sobre la plaza, y después de una hora de fuego vivísimo, dominó toda resistencia obligando á capitular al general Vicente González que la mandaba y que se había atrincherado en la iglesia Catedral. Tomó prisioneros á treinta oficiales, que remitió á Guayaquil, inutilizó mil doscientos fusiles que existían allí y cumpliendo sus instrucciones volvió á incorporarse de nuevo al ejército con los prestigios del éxito.

Como venían trascurriendo días de inacción, por no prolongar más tal estado de cosas, puesto que al enemigo no le convenía atacar en un terreno despejado en que podía operar sin embarazos nuestra caballería, ni á nosotros tampo-

co lanzarnos por las posiciones que ocupaba, se calculo útil un movimiento por su flanco derecho. El 12 de Febrero por la noche, se pusieron en marcha las tropas peruanas, en dirección á la hacienda de Papaya, hacia el valle de Yunguilla, dejando por la derecha el camino que conduce á Cuenca. Tal movimiento tenía en mira sacar al enemigo de su posición favorecida, á fin de atraerlo á los llanos de Tarqui, al otro lado de la cordillera del Portete y precisarlo á recibir ó dar la batalla en un terreno propio para las maniobras de la caballería.

Mientras desfilaban la primera y segunda divisiones, la tercera quedó en la plaza de Saraguro, encargada de cubrir la retaguardia, manteniendo una compañía en posesión del puente que comunica las dos orillas del río, al pié del pueblo, cosa de uno y medio kilómetros distante, y varios destacamentos de vigilancia en otros puntos de seguridad. Desgraciadamente se mandaron retirar con mucha precipitación estas guardias ó vigías, á las once de la noche, antes de haberse cumplido el movimiento en que estaba empeñado el grueso del ejército.

El enemigo que se apercibió de la operación, ya sea directamente ó avisado por sus espías, ó sea, como aseguran los colombianos, que sospechando Sucre que todo el ejército debía seguir el movimiento de la columna exploradora de Raulet, atravesando el valle insalubre de Yunguilla para ocupar Girón; el hecho es que esa misma noche destacó algunas compañías á órdenes del general Luis Urdaneta para reconocer si se había movido en efecto el campo peruano. Una avanzada compuesta de veinte soldados del batallón Yaguachi, con el comandante Camacaro, bien entrada la noche se presenta en el puente de Saraguro, lo halla inútil y se decide á pasar el río por un vado. Adelanta sin ser sentida hasta la entrada del pueblo y encuentra á nuestras avanzadas que se replegaban. Las acomete y sorprendidas éstas por lo inesperado del ataque se desordenan por completo. Un batallón mandado con tal motivo á tomar posiciones á retaguardia, se encontró con otro, también peruano, que avanzaba al mismo sitio por distinta dirección, y ambos se cortaron recíprocamente en un paso montuoso y estrecho, mezclándose sus filas, haciéndose una masa confusa y dispersán-

dose sin que la oscuridad de la noche permitiese á sus jefes y oficiales reorganizarlos. La división dejada de vigilancia á retaguardia, se derrotó así sin combatir, huyendo dispersa por Quebrada Honda en dirección á Loja.

Después de este contraste, el enemigo cerciorado de su buen suceso, al día siguiente, continuó con sus avanzadas por el camino que había emprendido el grueso del ejército peruano. A poco encontraron el parque de éste que marchaba lentamente, casi abandonado por los arrieros, paisanos, que lo conducían, el que cayó todo en su poder con doscientas mulas, cien cargas de municiones y dos piezas de artillería. Con tan inesperado hallazgo se volvieron satisfechos.

Por espíritu de venganza, el general Urdaneta mandó incendiar el pueblo de Saraguro, acusando á sus vecinos de parciales por el Perú. Se despachó al batallón Robles con el coronel Luque y comandante Camacaro, para hostilizar á los fugitivos de la división peruana dispersa; pero no se decidieron los colombianos á acometer por retaguardia al ejército que descendía por el valle de Yunguilla. Prefirieron emprender un movimiento retrógrado de Oña á Nabón y desde allí por medio de una marcha de flanco, atravesaron la cordillera, llegando á situarse en Jirón antes que alcanzaran ese punto los peruanos. Esta maniobra tenía por objeto cubrir Cuenca y el camino de Quito é impedir que la Mar se pusiera en comunicación con sus fuerzas de Guayaquil y con los sublevados de Pasto y Popayán.

Desentendiéndose del contraste que acababa de sufrir, el ejército peruano continuó el movimiento iniciado, como si subsistieran, después del fracaso, las razones que lo motivaron. Siguió su marcha, de flanco, hasta que informado de que el enemigo arribaba á Jirón, se cargó hacia el poniente, situándose en buenas posiciones entre Lenta y San Fernando.

No obstante la buena fortuna y ventaja obtenida por los colombianos, con la captura del parque, no se decidieron á presentar batalla. La aptitud del ejército peruano, les impuso. Temieron dejar descubierto el camino de la capital y retrocedieron á cubrirlo, ocupando la parte más alta de la llanura de Tarqui, desde donde era fácil vigilar las manio

bras y aprovechar cualquier descuido; pero encontrando allí que el frío era excesivo y hacía sufrir mucho á la tropa, resolvieron retrogradar aún más todavía, situándose el 21 en Narancay, crucero del camino que lleva á Cuenca.

El ejército peruano en vista de estas maniobras, avanzó hasta San Fernando, haciendo reconocimientos sobre Baños y Jirón. Allí permaneció catorce días inactivo, esperando se reunieran los dispersos de la división de retaguardia, que efectivamente llegaron en número de seiscientos, el día 23, al pueblo de Jirón.

Tan larga espera, dió lugar á que el enemigo adelantara sus marchas y practicara una de las más difíciles operaciones del arte de la guerra: el cambio de la defensiva en ofensiva.

Los peruanos se hallaban imprudentemente empeñados en un terreno quebrado y montuoso, sin las municiones necesarias para sostener una hora de fuego continuado, cuando se emprendió la marcha hacia adelante de San Fernando. Sin reconocimiento previo, la vanguardia compuesta de dos escuadrones y un batallón al mando del general Plaza, tomó posesión del Portete, llave principal del camino para salir á los campos de Tarqui, donde estaba el enemigo, en Guagua-Tarqui.

Con el convencimiento de que una corta fuerza bastaba para defender ese estrecho desfiladero, el general Plaza había avanzado las dos leguas que separan dicho punto de Jirón.

Cerciorado, mientras tanto el enemigo de todas estas imprudencias por sus espías, el 26 á las tres de la tarde, bien instruído de que Plaza ocupaba el Portete y que el grueso del ejército permanecía en Jirón, se pone en movimiento con 5,690 hombres. Una gran lluvia lo detiene y obliga á quedarse en Tarqui á las siete de la noche. Mientras descansan las tropas, recibe nuevos informes que le confirman su plan. Resuelve precipitar los sucesos y al efecto dispone que ciento cincuenta hombres escogidos, apoyados por el escuadrón Cedeño se adelanten para empeñar la acción con una sorpresa. A las doce de la noche continúa su marcha y á las cinco de la mañana, la primera división compuesta de los

batallones Rifles, Yaguachi y Caracas, hace alto para esperar á la segunda y á la caballería que quedaban retrasadas.

Al rayar el día 27 una descarga de fusilería anuncia que comienza el combate. El escuadrón Cedeño ha comprometido la acción. La tropas colombianas se precipitan y cargan por su derecha.

Los peruanos ocupaban una posición relativamente fuerte, en la alta colina del Portete, defendidos á su frente por una quebrada profunda. A la derecha tenían breñas escarpadas y á la izquierda un bosque espeso.

Aquí cedemos la palabra al coronel Juan Bautista Eléspuru, que describe y explica, en la forma que sigue, esa memorable batalla, la primera que daba el Perú después de su independencia y que, desgraciadamente, no fué una victoria:

“ A pesar de que todos los avisos estaban conformes sobre que el enemigo se hallaba en distancia, el jefe del ejército, agitado de un cierto presentimiento, previno al estado mayor marchase á las tres de la mañana con la columna volante de cuatro compañías que se había formado en ese día, hacia el punto donde se había situado la primera división; y dicho señor general, puso en seguida en movimiento todo el ejército en la misma dirección.

“ Al subir la cuesta oyó unos tiros que le hicieron sospechar que el enemigo se aproximaba. El coronel Bermúdez dejando el mando de la expresada columna al mayor Salaverry, se unió con el general en jefe, y juntos se dirigieron al sitio, que pocos minutos después debía ser teatro de una obstinada contienda.

“ Mientras tanto, los enemigos principiaron á atacar con mayor denuedo la posición por el frente. El general Plaza, habiendo hecho sus disposiciones, les oponía una resistencia enérgica. A este tiempo llegó el general Gamarrá con el coronel Bermúdez, y después de haber reconocido bien las fuerzas enemigas, tomó dos compañías y cargó con ellas á la bayoneta á la primera división colombiana: esta fué arrollada y dispersa, dejando el terreno sembrado de cadáveres. ”

“ El enemigo, que no se intimidó con este primer suceso,

“ reiteró un nuevo ataque con su segunda división. El gene-
“ ral Gamarra, saliéndole al encuentro con otras compañías,
“ consiguió rechazar la fuerte columna que se le oponía, de-
“ sorganizándola y haciéndola retroceder.

“ Entonces los enemigos, conociendo la buena continen-
“ cia de nuestras tropas, y la dificultad de forzar la posición,
“ intentaron un ataque simultáneo por frente y flanco. En
“ este instante se empeñó un fuego vivísimo, que se hacía
“ más mortífero á proporción que se acercaba más el enemi-
“ go. En tal coyuntura llegó S. E. el presidente, y recorrió
“ las filas dando á los soldados ejemplos de intrepidez.

“ Nuestra columna de cazadores apenas principiaban á
“ llegar al Portete, cuando el enemigo ganaba ya mucho te-
“ rreno, principalmente sobre nuestro flanco izquierdo..... ”
En tal situación el señor general en jefe, de acuerdo con S. E.
marchó á retaguardia con el doble objeto de situar el ejérci-
to en buena posición y tomar medidas para contener á los
dispersos, que eran en número excesivo. Apenas pudieron
las divisiones comprometidas formar en línea mil quinientos
hombres.

El tiempo era urgente y las circunstancias inminente-
mente críticas. Precisaba un golpe de audacia y de vigor
para imponerse al enemigo. Con este fin se hizo adelantar
un cuerpo de Húzares y á su frente el general Necochea cargó
con resolución. Las tropas que sufrieron el choque, fueron
lanceadas completamente. Dos compañías de cazadores ene-
migas que avanzaban con rapidez tiraron los fusiles y se dis-
persaron. Las columnas que bajaban el Portete retrograda-
ron y se situaron en el punto más estrecho de la cuesta. Los
enemigos, sorprendidos con esa carga tan impetuosa, que-
daron en inacción, y nuestro ejército pudo entonces formar-
se tomando posiciones á vanguardia del pueblo de Jirón.

A las siete de la mañana se había terminado el combate.

Apenas cesaron los fuegos el general Sucre mandó un
parlamentario, pidiendo se entablasen negociaciones de paz
y mandando proposiciones que no fueron aceptadas.

El ejército permaneció en el llano inmediato á Jirón todo
el día 27 esperando que bajara el enemigo para continuar la
batalla. Viendo que ésto no se verificaba y que las posicio-

nes enemigas no podían ser forzadas, pasó el río á las seis de la tarde y se situó en una altura á retaguardia del pueblo.

El Perú perdió en la acción casi mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. Sesenta jefes y oficiales quedaron en el campo de batalla, contándose entre ellos el bizarro coronel Pedro Raulet. Los colombianos tuvieron ciento cincuenta y cuatro muertos y doscientos seis heridos, contándose entre los primeros el comandante Camacaro, de gran reputación como valiente.

La mayor parte del ejército peruano no tuvo participación ni influencia en este acontecimiento desgraciado.

Se reunió una junta de guerra y mientras deliberaba, el ejército retrogradó, ocupando una posición despejada á vanguardia del pueblo de Jirón, frente á frente de la del Portete conservada por el enemigo, quien no intentó ningún movimiento hostil.

Allí volvieron á iniciarse negociaciones. El 28 de Febrero de 1829, reunidos en el campo de Jirón los generales Juan José Flores y Daniel Florencio O'Leary, comisionados por el jefe superior de los departamentos del Sur de Colombia y el general Agustín Gamarra y general Luis José Orbegoso en representación del presidente del Perú, pactaron un tratado de paz, bajo la base de que las fuerzas militares del Perú se reducirían á tres mil hombres, que se nombraría una comisión para arreglar los límites de los dos estados, liquidar las deudas pendientes y disponer la forma en que se entregarían los reemplazos del ejército auxiliar independiente; que se solicitaría la garantía de los Estados Unidos para obviar las desconfianzas recíprocas; que se retiraría el ejército invasor al Sur del Macará, evacuando el territorio del Ecuador por Loja en el término de veinte días, entregando en el mismo plazo la ciudad de Guayaquil; que se devolvería la corbeta *Pichincha*, satisfaciendo ciento cuarenta mil pesos para pagar las deudas contraídas por la escuadra del Perú en Guayaquil y por el ejército en el Azuay; y que se dejaría en completa seguridad á los colombianos residentes en el Perú y á los peruanos en Colombia.

Este tratado fué firmado y cangeado el 1.º de Marzo en la noche.

Se emprendió la retirada.

Al llegar á Cariamanga, se informó el presidente mariscal la Mar que el jefe superior del Sur de Colombia, mariscal Sucre, había expedido un decreto otorgando recompensas á sus tropas y mandando erigir en el Portete un monumento con inscripciones ofensivas á la dignidad del Perú. Protestó solemnemente del hecho, así como de la conducta observada con algunos heridos y prisioneros, que habían sido alevosamente asesinados.

El 1.º de Abril, después de una retirada lenta, trayendo consigo todos sus almacenes, pertrechos, equipajes, heridos y enfermos, entró el ejército peruano en Piura, sin haber sido vencido, ni vencedor.

Las noticias de la batalla del Portete y del tratado ajustado en Jirón, llegaron á Guayaquil, produciendo impresión profunda. En vista de ellas, se convocó en el acto una junta de guerra y se acordó conservar la plaza y consultar al gobierno de Lima, por cuanto el presidente de la República carecía de facultad para aceptar tratados. Caso que fuera necesario para la seguridad del ejército en su retirada la protección de la escuadra, se acordó igualmente, que se despacharían los buques precisos, sin desamparar la plaza, por ser la llave de defensa para el Perú.

En la costa, los acontecimientos, siguiendo rumbo muy diverso al de la sierra, habían sido todos favorables.

El 16 de Febrero, se había hecho cargo del mando de la plaza de Guayaquil, como comandante general del departamento, el coronel José Prieto. El 19 llegaron el general Vicente González y comandante Federico Valencia, hechos prisioneros en Cuenca por el coronel Pedro Raulet y su columna volante, siendo remitidos á Paita en la goleta *Guayaquileña*.

Para hostilizar á las fuerzas de Colombia que ocupaban cantones inmediatos, se mandaron algunas tropas. El 23 de Febrero, el general Illingrot se vió precisado á abandonar Daule. En su marcha precipitada, arrojó al río seiscientos fusiles, cuatro piezas de artillería y considerable cantidad de municiones. Tomó dirección por Balsar al Palenque y de allí al Zapotal, siguiendo para la sierra. Los pueblos

de Samborondón, Palenque, Pueblo Viejo, Bodegas, Yaguachi, Balao, Baba, Machala, Puná, Morro, Santa Elena, Chauqui, Chongón y Daule, recibieron con gozo guarnición peruana y se enviaron fuerzas á Manaví, á fin de dejar libre de enemigos todo el departamento.

El 11 de Marzo se presentó en Guayaquil el coronel peruano, ayudante de campo del mariscal la Mar, Manuel Porras, acompañado de los generales colombianos León de Febres Cordero y Arturo Sanders, comisionados por el mariscal Sucre para recibir la plaza, conforme á las estipulaciones de Jirón. El jefe de ella, coronel José Prieto, comenzó por poner á buen recaudo á los comisionados, alojándolos á bordo de la corbeta *Libertad* y convocó de nuevo á la junta de guerra. Se siguió una breve correspondencia diplomática. Las negociaciones duraron cinco días, siguiéndose con toda actividad y con discreta é inexorable firmeza por parte de Prieto.

En definitiva, después de cambiarse varias notas, quedó establecido que habiéndose suscitado dudas acerca de las facultades del presidente de la República para ratificar el tratado de Jirón, sin anuencia del Poder Legislativo, los jefes de la guarnición y de la escuadra tenían resuelto mantener en suspenso el cumplimiento de los artículos 10, 11 y 16, hasta tanto que fueran debidamente absueltas sus dudas por el Gobierno de Lima.

Para la resolución del punto eran menester cuarenta y cinco días, tiempo indispensable para que fuera y volviera la consulta y en que podía pactarse una suspensión de armas, evitando que el departamento fuera hostilizado.

Los comisionados colombianos, sin comprometerse á nada, optaron por regresar al ejército de donde procedían. Se trató, entonces, del camino que debían tomar en su viaje. Por la ruta de Yaguachi operaba el general Illingrot con sus tropas, y por el Naranjal y Sabaneta, que ocupaban los peruanos, no era fácil el paso con motivo del estado del tiempo. Esta dificultad suscitó una nueva discusión, más subalterna que la anterior, pero igualmente sostenida hasta que se acordó á los comisionados amplia libertad de regresar por el camino de su elección.

Tales eran, á los 15 días, los frutos y consecuencias de la acción del Portete. El Perú, en la infancia de su vida política, se afanaba en vano por neutralizar el efecto de deplorables errores y debilidades.

Al llegar á Piura el mariscal la Mar, reforzando su protesta de Zosoranga, mandó retener la plaza de Guayaquil. Para sostenerla dispuso que los batallones 1.º de Ayacucho y 1.º del Callao y los regimientos Húzares de Junín y Dragones de Arequipa, marcharan á órdenes del general Mariano Necochea. No obstante las razones expuestas por el general Gamarra, que se opuso á la medida, manifestando que dividido en dos puntos el ejército las fronteras quedaban expuestas, al paso que el enemigo reconcentrado podía batirlo en detal; que para la defensa de Guayaquil eran suficientes mil infantes y que la caballería se necesitaba de este lado; á pesar de esos argumentos, que no produjeron impresión, como no la produjeron tampoco las reflexiones sobre el clima y enfermedades, la indicada fuerza zarpó de Paita y llegó á Guayaquil el 2 de Abril en los buques *Guayaquileña* y *Pichincha*.

Por esta fecha el Gobierno de Lima desconoce el tratado de Jirón, convoca al Congreso y dispone pasen á engrosar el ejército las reservas de los departamentos de Arequipa, Cuzco y Puno, al mismo tiempo que ordena una requisita en Lima de trescientos caballos y doscientas mulas.

Habiéndose presentado frente á la costa de Máncora un bergantín con bandera colombiana acompañado de dos buques más y asaltado á la balsa *Mercedes*, tripulada por indígenas del pueblo de Sechura, se dedujo por inferencias que se trataba de la *Tipuani*, armada en guerra en Panamá y que desde el 4 de Marzo anterior venía buscando en vano la goleta *Arequipa*, á órdenes del teniente José Boterín; pero esta tentativa de Colombia para procurarse elementos marítimos de guerra, no tuvo éxito. El dominio del mar continuó sin competencia en poder del Perú.

La guarnición de Samborondón informada de que en la villa de Baba existía un destacamento de tropas pertenecientes á las fuerzas del general Illingrot, resolvió ir á atacarlo. El coronel José Bustamante avanzó determinado á batirlo

y después de un encuentro y fuego muy vivo, logró dominar las trincheras donde se habían parapetado los colombianos en la plaza de la villa y tomar cuarenta y cinco prisioneros, habiendo resultado algunos muertos por ambos lados y serias pérdidas en la población, por haberse propagado el incendio.

Con este encuentro terminan los sucesos militares, Acontecimientos políticos resuelven el éxito de la campaña.

El ejército reconcentrado en Piura, es teatro de encontrados pareceres. Su moral se ha relajado. El mariscal la Mar dimite la presidencia y en compañía del general Pedro Bermúdez, el 9 de Junio, se embarca en Paita, á donde es conducido con una compañía de tropa bajo las órdenes del comandante José Llereno y se dá á la vela para el extranjero en un buque mercante, la barca *Mercedes*, por haberse negado á recibirlo á su bordo la corbeta *Pichincha*.

El general Gamarra se queda solo á cargo del ejército y dá cuenta al Gobierno de Lima de lo ocurrido, quejándose de que estén encontradas las opiniones y de que la división acantonada en Guayaquil se titule un ejército, que el general Necochea se diga general en jefe y el coronel Prieto jefe de estado mayor general y que en esa plaza se manifiesten principios de independencia respecto de su autoridad.

Por este tiempo, renuncia su cargo el vice-presidente Salazar y Baquíjano en Lima, y el 6 de Julio la Municipalidad invita al general Antonio Gutiérrez de la Fuente, llegado hacia poco del Sur, el 22 de Mayo, con una división compuesta de las reservas de Arequipa, Puno y Cuzco, para que se haga cargo del poder ejecutivo, lo que efectúa el mismo día 6 con el título de jefe supremo.

En todas partes se advierte falta de concierto.

El 18 de Mayo á las once del día se declara incendio á bordo de la fragata *Presidente*, capitana de la escuadra surta en Guayaquil. No se logra dominar el fuego y la fragata se sumerge, con estruendo inusitado al estallar la santabárbara, privando al Perú de su mejor respeto naval y único en aptitud de medirse con la fragata colombiana *Cundinamarca*, á la sazón en viaje del Atlántico al Pacífico.

El Perú dispone de tropas considerables. Además de las ingresadas á Lima con el general La Fuente, cuenta con mil

quinientos en Guayaquil, con dos mil que organizó en Junín el general Otero y con otras fracciones regulares que se reúnen en Trujillo; pero la falta de unidad y el desconcierto que prevalecen, vuelven ineficaces todos sus esfuerzos.

En Guayaquil aparece un periódico redactado por los capitanes Manuel Ignacio Vivanco, Manuel Ríos y comandante Manuel de Odriozola, que con el nombre de *Atleta de la Libertad*, censura las operaciones de la guerra y atribuye serias responsabilidades por los fracasos sufridos al general Gamarra.

Se elevan numerosas protestas en el ejército. Renuncia su cargo de jefe de la segunda división, en Guayaquil, el general Mariano Necochea al tener conocimiento de la transformación operada en Piura y lo reemplaza el general Luis José Orbegoso, conforme á las instrucciones llevadas por el capitán Torrico, mandado al efecto por el general Gamarra para que secundaran en esa plaza el movimiento que acababa de realizar.

Los redactores del *Atleta de la Libertad*, amenazados con prisión, se salvan huyendo al Callao en la goleta *Yon Cato* y se inicia otro orden de negocios.

El general en jefe, Gamarra, ajusta un armisticio y suspensión de hostilidades por sesenta días.

Habían cambiado las opiniones: Cansados los pueblos de la guerra, lo único que deseaban era tranquilidad y reposo. Circulaban abultadas apreciaciones sobre las pérdidas sufridas, la inutilidad de los esfuerzos, lo malsano del clima de Guayaquil, la terminación de los tumultos de Pasto, la sumisión de Obando y el avance del Libertador Bolívar al frente de un ejército de cuatro mil hombres. En medio de la abundancia de elementos, con tropas y dinero suficiente, después de haberse gastado algunos millones, y comprado á Chile la corbeta *Independencia* para reemplazar á la fragata *Presidente*, todo faltaba, por omisión ó por mala aplicación de los recursos.

La mudanza de gobierno vino á facilitar las negociaciones con Colombia. Los meses que mediaron entre las fracasadas diligencias del general León de Febres Cordero y la exaltación del general La Fuente, se pasaron en el Norte en

cambio de notas militares relativas todas á la entrega de Guayaquil, alternándose de uno y otro lado protestas de sostenerla á todo trance y recobrarla á todo evento.

El Libertador Bolívar constituye un comisionado en Piura, coronel Antonio Guerra, y otro en Lima, coronel Demarquet, para que ajusten los preliminares de paz, mientras el jefe de estado mayor del ejército de Colombia, general Tomás Cipriano de Mosquera, presentaba un ultimátum á las autoridades de Guayaquil.

En Piura, el 1º de Julio de 1829, se ajustaron las bases de arreglo entre los comisionados coroneles Antonio Guerra y José Agustín Lira que fueron ratificadas ese mismo día, ratificación que llegó á Guayaquil el 16, y seis días después era entregada la plaza.

El tratado de paz definitivo se ajustó más tarde, entre los plenipotenciarios José de Larrea y Loredo, peruano, y Pedro Gual, colombiano, en Guayaquil, el 22 de Setiembre de 1829, siendo perfeccionado en Lima el 10 de Octubre siguiente.

Lima, Junio de 1907.

RICARDO GARCÍA ROSELL.